

1998-04

# La recuperación de la práctica educativa y la profesionalización de la actividad docente

Gómez-Gómez, Elba N.

---

Gómez-Gómez, E. N. (1998). La recuperación de la práctica educativa y la profesionalización de la actividad docente. En *Educación*, núm.5. Guadalajara, Jalisco: Secretaría de Educación Jalisco.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/2598>

*Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia: <http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>*

*(El documento empieza en la siguiente página)*

laboral se convierte en punto de partida crucial para la acción pedagógica, ya que en su práctica se entremezclan necesariamente el saber cotidiano y el saber técnico-científico.

El trabajo pedagógico requiere, además de la reproducción, la integración y generación de conocimiento por los maestros.

Para ser pedagogos no basta con saber enseñar, es imprescindible conocer el mundo donde se inserta la labor docente, para así tener claridad del margen de posibilidades para el desempeño del trabajo y de las limitaciones propias de la actividad. La docencia obliga a enfrentar continuamente situaciones concretas con el grupo que requieren solución inmediata, para lo cual resulta indispensable recurrir a conocimientos de diferente origen; también se exige un proceso de reflexión continua. Por ende, en la formación profesional de docentes no basta con estudiar los contenidos, y no es suficiente abordar la relación enseñanza-aprendizaje.

El trabajo docente se concibe en estrecha relación con una serie de recursos auxiliares didácticos. La ausencia de una tradición nacional de pensamiento pedagógico cargada de aliento moral y rigor intelectual ha tendido a formar una cultura pedagógica formalista.

Para evaluar las actividades, esfuerzos y experiencias generados a partir de la puesta en marcha de las recomendaciones del Programa de Modernización, es decir, para evaluar la calidad de la educación, se requieren no sólo datos cuantitativos confiables, sino estudios complementarios que proporcionen datos de naturaleza cualitativa y concreta que permitan identificar los procesos y los factores que impactan los niveles de calidad.

Este ámbito valorativo requiere de un profesionista especializado en recuperación de la práctica docente, que forme e

informe a los profesores, con el objeto de integrarlos en un proyecto común y lograr cambios favorables en cada situación. El análisis constante de la práctica magisterial y de los problemas que enfrenta, se convierte en una estrategia no de supervisión, pero sí de reflexión y creación.

Hablar de docencia es también hablar de la doble relación que se da entre la práctica del maestro en el salón de clase —concebida como un espacio privado e íntimo—, y las redes de relaciones y negociaciones que se establecen con el director, con el resto de los maestros, con los padres de familia, con los alumnos, etc. El espacio principal de convivencia de los maestros es la escuela, sitio de comunicación, donde se construyen redes que repercuten en la práctica docente.

#### Notas

<sup>1</sup> Eduardo Ibarra Colado, *La Universidad ante el espejo de la excelencia*, UAM-Iztapalapa, México, 1992.

<sup>2</sup> Poder Ejecutivo Federal-SEP, *Programa para la Modernización Educativa 1989-1994*, Poder Ejecutivo Federal-SEP, México, 1989.

<sup>3</sup> Pablo Latapí, *Proceso*, núm. 951, México, 1995.

<sup>4</sup> Enrique Ibarra Colado, *La Universidad ante el espejo de la historia*, UAM-Iztapalapa, México, 1992, p. 138.

<sup>5</sup> Silvia Schmelkes, *op cit.*, p. 157.

<sup>6</sup> Patricia Ducoing et al., *Formación de docentes y profesionales de la educación*, Segundo Congreso Nacional de Investigación Educativa, Comité Organizador del Segundo Congreso Nacional de Investigación Educativa-Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, Cuaderno núm. 4, México, 1993, pp. 25-35.

<sup>7</sup> *Idem.*, p. 26.

<sup>8</sup> *Idem.*, p. 27.

<sup>9</sup> Mercado y Taboada, *op cit.*, p. 29.

## La recuperación de la práctica educativa y la profesionalización de la actividad docente

ELBA NOEMÍ GÓMEZ GÓMEZ\*

### El maestro

El espacio educativo toma sentido en tanto que se reconoce como lugar de confluencia de sujetos, que con su actividad cotidiana lo construyen día a día. Este trabajo pretende rescatar a uno de los sujetos de la educación: el maestro.

El maestro es un sujeto que en la historia de la sociedad ha sido exaltado en el ideal que de él se persigue, y ha sido ocultado y desconocido en su existencia concreta, y en la cotidianeidad de su práctica<sup>1</sup>.

Al buscar dar razón de lo que el docente es, se entra en un claroscuro de significados y simbolismos, donde toman parte tanto el entorno social en el que se desenvuelve el individuo, como su propia historia personal, las múltiples demandas a que está expuesto, y la cultura acumulada que en diferentes periodos ha ido creando un rol, desconociendo muchas veces al docente como sujeto creador y transformador de su propia práctica. Este rol planteado desde el idealismo, se ha movido en la abstracción y navega en lo irrealizable.

Por ello, remitirse al tema del docente en el proceso educativo, es abordar la relación entre sociedad e individuo, entre

el sentido y la construcción de un sujeto, y la relación permanente entre las condiciones de trabajo y la participación del individuo en el espacio laboral. En otras palabras, es reconocer a la educación desde la esfera social, donde la coerción y la libertad, lo social y lo individual, se mantienen en constante tensión y búsqueda de equilibrio.

El maestro integra en la actividad docente sus necesidades personales como ser humano, así como la prioridad de establecer orden y enseñar. En su esfuerzo cotidiano pone en juego su sobrevivencia económica, su satisfacción y realización, así como su bienestar y seguridad mental y física<sup>2</sup>. Vive con riesgo el mantenerse en un espacio profesional, el contar con un *status*, con un modo de vida, con un futuro, y con una identidad profesional. En sí, están en juego su autoestima y el conjunto de su existencia.

Los maestros, al interactuar, tienen presentes sus intereses laborales y personales, sus posiciones y concepciones sobre su trabajo, así como su conocimiento sobre la manera de manejarse en las diversas relaciones propias del oficio de maestro y que son necesarias para sobrevivir en ese mundo<sup>3</sup>. Las condiciones materiales de la escuela y las relaciones a su interior, son elementos fundamentales del proceso mediante el cual se define el contenido del trabajo de los maestros.

Para Elsie Rockwell<sup>4</sup>, el maestro no es sólo un trabajador, es a la vez una persona, es un ser humano que estructura sus propios conocimientos, sus recursos y estrategias para resolver diariamente la problemática que se le presenta en el espacio educativo común del aula.

El maestro, en su práctica cotidiana, tiene presentes conocimientos que ha adquirido social y culturalmente, los cuales van más allá de su formación como maestro, y más allá de sus conocimientos

\* Elba Noemí Gómez Gómez: Profesora Investigadora del Centro de Pedagogía Ignaciana del ITESO.



técnicos. Para ser maestro, para mantenerse a través del tiempo en el trabajo del aula, el docente requiere no sólo conocimientos teóricos y pedagógicos, sino al mismo tiempo una serie de conocimientos más sutiles que se pondrán en juego en una intersección permanente entre lo afectivo, lo social y lo intelectual<sup>5</sup>.

La práctica docente es el conjunto de actividades que se organizan día a día por parte del maestro, en los que se conjugan habilidades, valores y conocimientos concretizados en estrategias didácticas. Es el encuentro y desencuentro cotidiano entre el maestro y el alumno, entre el ideal y la realidad, entre el presente y el futuro; es el espacio cotidiano de negociación de conocimientos, valores, normas, etcétera.

### La práctica docente

Para dar cuenta de la actividad docente no basta estudiar los contenidos, y no es suficiente abordar la relación enseñanza-aprendizaje. Es indispensable remitirnos a las relaciones sociales, ya que la educación, y en particular la docencia, están determinadas por la historia, por el contexto socioeconómico y por las políticas educativas planteadas en un momento histórico.

La educación oscila, por un lado, entre la concepción amplia, la cual se refiere al papel que juega en tanto formadora del ser social (es decir, distinguiendo a la educación como el proceso esencial que hace al hombre más humano, y con lo cual se asocia al proceso de tránsito de la humanización hacia la civilización), y en la concreción cotidiana de la interacción entre maestro-alumno en el salón de clases.

El que la labor docente en particular, y lo educativo en general, haya sido bandera, a través de la historia, de la política, o espacio de demagogia y/o de reivindicación del sistema, la liga irremediablemente con factores que hacen de la educación, y sobre todo del rol del maestro, un espacio de múltiples intervenciones del otro. Es un tipo ideal, es un espacio común.

Explicar desde su complejidad el trabajo educativo, en particular el trabajo del docente, requiere introducirse en la vida cotidiana de las escuelas, en el ámbito donde dicho trabajo adquiere formas, modalidades y expresiones concretas. Es mediante su desempeño, mediante su acción, que los sujetos se construyen a sí mismos y a la institución<sup>6</sup>. El trabajo docente no es un trabajo lineal ni fácil. Está lleno de ambigüedades e imágenes contradictorias que evoca la figura del profesor, con un continuo de representa-

ciones no siempre conscientes, que se suceden como representaciones colectivas.

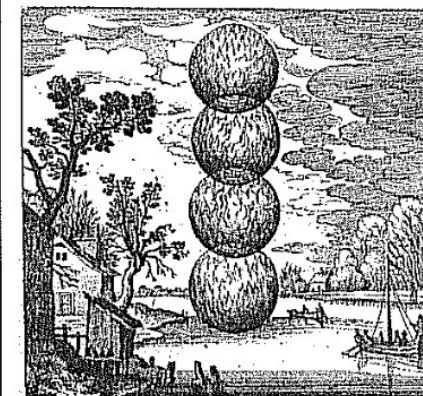
El trabajo docente es un espacio de múltiples negociaciones cotidianas, caracterizado por condiciones, por fuerzas y por alianzas cambiantes dentro del sistema escolar<sup>7</sup>. Su accionar constante es lograr consensos en el grupo, en la escuela, y en particular, en la relación maestro-alumno, donde se negocian normas, conocimientos, valores, historias personales, expectativas, sentimientos, etcétera.

Muchas veces el docente experimenta su práctica con un sentimiento de soledad. Vive su actuar como un espacio íntimo, privado, personal. Pero realmente no está solo en el proceso educativo, siempre está en permanente relación con el otro: con el alumno, con el director, con los colegas, con el contenido, con los padres de familia, con la sociedad, etc. Al ser la educación un espacio social, el docente se encuentra incluido en una red de relaciones que lo ubican en un lugar con ciertas exigencias, y lo colocan en cierta relación de poder con el otro. El maestro es y existe en relación estrecha con el alumno. Su poder, fundado en el saber, y su criterio de verdad, dependen de que el otro lo reconozca.

La docencia es un forcejeo permanente por la apropiación del campo de trabajo y por la participación efectiva en las decisiones. Es una búsqueda permanente por ser protagonista de la propia actividad.

### La profesionalización de la actividad docente

La educación está en constante construcción. El maestro es un constructor perseverante de una práctica que pretende ser diferente y eficiente, es un arquitecto del salón de clases, es un catalizador de los



procesos del aula. Y esta actividad es realizada muchas veces de manera consciente, y otras tantas inconscientemente. Cada experiencia educativa es diferente. Lo educativo está compuesto por pequeñas realidades particulares, realidades que se van construyendo cotidianamente en el salón de clases, realidades que son cambiantes, realidades que condensan la historia, la sociedad y la cultura.

La concepción tradicional acerca de la educación, del maestro y del alumno —aquella que ve a la docencia como una actividad homogénea, simple y lineal, y a la que se le suma el control que ejercen la sociedad y la institución sobre la persona



del maestro— tiende a desconocer al docente como sujeto activo, y deja un margen de maniobra restringido para el desarrollo de iniciativas que vayan más allá del salón de clases, y que no sean coartadas por la autoridad.

Los cambios sociales, económicos, políticos, etc., así como la transformación de los diversos paradigmas acerca de la realidad, experimentados en el mundo en las últimas dos décadas, han replanteado la función social de la escuela, y por ende, han obligado a un cambio al interior de las actividades que en torno a la acción educativa se realizan. Estas modificaciones repercuten directamente en las personas que tienen a su cargo el quehacer educativo, concretamente en los docentes, cuyo desempeño profesional se torna día a día en un quehacer más complejo y demandante de nuevos conocimientos y habili-

dades, para los cuales muchas veces no ha sido formado. El docente en múltiples ocasiones hace frente a la problemática diaria de manera empírica, solucionando en el plazo inmediato algunas de las dificultades que se le presentan, sin que por ello queden resueltas del todo.

Ante esto se plantea generalizada-mente el reto de establecer proyectos de formación de docentes. En muchos de estos programas de formación se piensa a los maestros como seres abstractos, a los que basta impartir cursos de capacitación o dar incentivos para mantener su autosuperación y el mejor desempeño de su actividad. No se retoman sus necesidades, sus características particulares, ni las condiciones concretas en las que desempeñan su trabajo.

En muchos de los proyectos de mejoramiento de la práctica docente se extrapolan y se aplican programas y medidas de control, diseñados para otros campos de trabajo. Esto da como resultado el que no se toque significativamente la problemática de este campo profesional.

Ante lo mencionado, es necesario ensayar y generar soluciones a los problemas que el trabajo mismo plantea, y sobre todo, en las condiciones específicas en las que se desarrollan. Este proceso también hace necesaria la reflexión continua de saberes integrados a la práctica cotidiana. Es decir, generar y retomar a la teoría como complementación del análisis que parte de la recuperación de la propia actividad, desde los propios docentes y académicos implicados.

El magisterio, el lugar de la profesión y su formación, tendrá que ser entendido como un espacio particular desde la heterogeneidad, donde hablar de la práctica del maestro nos remita a una transformación-innovación permanente, como manera indispensable para entender a la formación de docentes, desde una dimen-

sión multideterminada, plural e interdisciplinaria. La exigencia actual de calidad en la educación requiere de un maestro reflexivo, crítico y creativo, que traspase el espacio educativo concebido como privado e íntimo, para construir, junto con otros docentes, una práctica profesional.

Hablar del maestro como sujeto de la educación, pone de relieve la importancia de que éste innove permanentemente su práctica, que la mejore, que la recree, que se convierta en sujeto activo, que intencione, que realice diagnósticos permanentes, que busque el mejoramiento constante y, por lo tanto, la profesionalización de su campo de trabajo. Para todo ello es importante que se conciba como investigador permanente de su actividad, a través de la recuperación de su labor, integrando no sólo lo concerniente al conocimiento y a la disciplina, sino todas las variables que intervienen permanentemente en el salón de clases, en interjuego con la institución y con la sociedad.

Los retos actuales invitan al maestro a traspasar el lirismo, que muchas veces aprisiona su práctica, haciendo frente a la tradición que pesa sobre su quehacer, para reconocerse como sujeto de su propia historia. Parte crucial en el proceso de recuperación de la práctica es el problematizar permanentemente su actuación, su relación con el otro y con el conocimiento, saliendo de la soledad en la que muchas veces ha ubicado su trabajo, para confluir con otros colegas, intercambiando experiencias, investigando y teorizando su profesión. Me refiero al ir y venir de lo colectivo a lo individual, y viceversa.

La educación está viva, cambia, se construye, se replantea, se resignifica. Pero para ello se requiere de un sujeto: el maestro, que se represente a sí mismo como transformador acucioso. La recuperación de la práctica docente, mantenida como una actividad permanente, le permi-

tirá al maestro detectar puntualmente sus dificultades, sus errores y sus aciertos para redimensionalizar su quehacer, permitiéndose dar respuesta a los porqués, desde lo que es como persona.

En lo referente a la recuperación de la práctica docente y de lo educativo como tal, no existen verdades absolutas. Las propuestas deben de construirse y resignificarse desde las particularidades, desde la realidad concreta de la institución y desde sus actores; es decir, colocadas en el tiempo y en el espacio, donde el fenómeno educativo toma modalidades específicas.

#### Notas

- <sup>1</sup> Eduardo Remedi, Patricia Arísti, Adelina Castañeda, Monique Landesmann, *Maestros, entrevista e identidad*, Departamento de Investigaciones Educativas, CINVESTAV, IPN, México, 1989.
- <sup>2</sup> Citlali Aguilar, "La definición cotidiana del trabajo de los maestros", en E. Rockwell (comp.), *Ser maestro: Estudios sobre el trabajo docente*, SEP/El Caballito, México, 1985.
- <sup>3</sup> *Idem*.
- <sup>4</sup> Elsie Rockwell (comp.), *Ser maestro: Estudios sobre el trabajo docente*, SEP/El Caballito, México, 1985.
- <sup>5</sup> Elsie Rockwell, *Desde la perspectiva del trabajo docente*, DIE del CINVESTAV del IPN, México, 1987.
- <sup>6</sup> Citlali Aguilar, "La definición cotidiana del trabajo de los maestros", *op. cit.*
- <sup>7</sup> Elsie Rockwell, *Desde la perspectiva del trabajo docente*, *op. cit.*